

LA IZQUIERDA SE VUELVE CONSERVADORA

IRENE LOZANO

Cuando la realidad se vuelve inverosímil

El último día de febrero de 2007, en el fragor de la discusión política, la concejal de Empleo de Madrid, del Partido Popular, Ana Botella, lanzó una singular acusación a su adversario político, Pedro Zerolo: “Usted no va con los tiempos”, le dijo. Las convicciones ostensiblemente conservadoras de Ana Botella habían quedado de manifiesto en numerosas ocasiones, sobre todo cuando ilustró el carácter antinatural de las parejas homosexuales con una frase que se hizo célebre: “Si se suman una pera y una manzana nunca puede dar dos manzanas, porque son componentes distintos”. Católica y casada con el ex presidente del Gobierno popular, José María Aznar, se la recuerda, en sus labores de primera dama, genuflexa ante el Papa de Roma con mantilla y peineta. Por su parte, Pedro Zerolo, el acusado de “no ir con los tiempos”, es un joven de apariencia desinhibida e informal que pertenece al Partido Socialista (PSOE), donde desempeña el cargo de secretario de Movimientos Sociales. Ha declarado abiertamente su homosexualidad –lo cual sigue resultando excepcional en un hombre público– y estaba recién casado con su novio de varios años cuando tuvo lugar el encontronazo verbal con Botella. En la vida pública, no es simplemente un político homosexual, sino un icono gay. Podría considerarse a Zerolo un ejemplo de modernidad, liberalidad de costumbres afectivas o sexuales y tolerancia, mientras que Ana Botella pasa por ser una mujer tradicional.

Por eso, cuando fue acusado de no ir con los tiempos, se sintió lleno de autoridad para responderle con estas palabras: “¡Vaya, que me diga precisamente usted que yo no voy con los nuevos tiempos tiene guasa!”¹. Introducida por la prensa como una “bronca” en el ayuntamiento, y explicado el incidente porque

“cada vez que allí se discuten asuntos sociales saltan chispas”, la discrepancia en torno al conservadurismo de los dos concejales quedó convertida en un rifirrafe anecdótico. Oír a Ana Botella criticar a Pedro Zerolo por su conservadurismo deja la inquietante sensación de que los discursos han perdido su vieja aptitud de explicarnos el mundo, y más bien nos lo hacen ilegible. Si en otras épocas entregábamos a las palabras el caótico batiburrillo externo para que nos lo devolvieran ordenado, clasificado e inteligible, ahora nos dan una realidad inverosímil. Este fenómeno es consecuencia de la inestabilidad léxica que afecta a vocablos clave del lenguaje público: la confusión semántica encierra toda la crisis de sentido de nuestro tiempo. Las palabras inestables reflejan el desconcierto a la vez que contribuyen a ahondarlo, propiciando un debate político semejante a la alocada carrera de los hermanos Marx en la que Groucho dice: “Vamos, Ravelli, ande un poco más rápido”. Chico contesta: “¿Y para qué tanta prisa, jefe? No vamos a ninguna parte”. Groucho responde contundente: “En ese caso, corramos y acabemos de una vez con esto”.

Los modernos conservadores

Las palabras evolucionan a lo largo de los siglos. No todas, no constantemente, pero es un fenómeno inherente a las lenguas y a las sociedades, que necesitan modificar su vocabulario a medida que van cambiando ellas mismas. De ahí que en todos los vocablos haya siempre un elemento de continuidad y uno de cambio. Para los españoles de hoy, la palabra “pulcro” ya no significa “hermoso, de buen parecer” –como en la lengua latina originaria y en castellano al menos hasta la época clásica– sino “muy esmerado”. Se trata de un cambio que ya no provoca sorpresa ni produce confusión,

porque “pulcro” fijó hace tiempo su significado².

La confusión es fruto de la inestabilidad, y ésta se da durante un periodo de tiempo limitado, cuando un significado se está deslizando hacia otro, justo en el momento en que los pies de las palabras están pisando arenas movedizas y, con ellas, también los hablantes. Si nos trasladamos a los momentos en que el significado preciso y transparente de “pulcro” se había ido impregnando de posos del nuevo sentido, no es difícil imaginar que la convivencia de ambos en una palabra generaba infinidad de situaciones en las que a los hablantes les costaba entenderse. “Mi vecino es muy pulcro”, diría alguien a su interlocutor; y éste habría de pedir aclaraciones: “¿Hermoso o de esmerada compostura?”, pues de lo contrario no llegaría a enterarse de las cualidades de la casa. A modo de sumilleres, los hablantes llevaban a cabo una labor de decantación del sentido, rumiaban lentamente la palabra, la repensaban, pedían aclaraciones. Una vez que el interlocutor especificaba: “Hermoso”, la conversación seguía su curso. La incapacidad del adjetivo “pulcro” para describir la realidad en aquel momento es una confusión leve, aclarada automáticamente por los hablantes y sin mayores consecuencias. Pero también resulta probable que, por economía lingüística y para evitar incisos, aclaraciones o preguntas, los hablantes optaran con frecuencia por eludir la o sustituirla por otra menos ambigua.

Lo que define la época actual es la amplitud de la confusión: los significados inestables son los mismos en países en los que se hablan lenguas distintas y la inestabilidad afecta a palabras esenciales del vocabulario político. Por si ello no bastara, los oradores, políticos, analistas o periodistas que más emplean esos términos participan de forma acrítica, a veces entusiasta, en ese galimatías y, lejos de clarificar los significados inestables o rehuirlos, se rego-

¹ *El País*, 1 de marzo de 2007.

² Joan Coromines, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid, 1980.



dean en su uso. La claridad y la precisión facilitan el acceso al punto de vista del hablante, hacen transparente su interpretación de la realidad, su intuición, sus propósitos. Proporcionar a los ciudadanos esa información los ayuda a ejercer como sujetos políticos conscientes. El discurso vago y trufado de términos inestables, por el contrario, propicia la adhesión ciudadana por razones de identidad o emocionales, como el miedo. Es evidente que un buen demócrata debería inclinarse siempre por la transparencia, pero como las elecciones se ganan por la cantidad de los votos obtenidos y no la calidad del discernimiento de los votantes, elegir un tipo u otro de discurso queda a expensas de la catadura moral de cada cual.

La oscuridad, además, libera de ataduras. “Este comentario está muy claro, oscurezcámoslo”, señaló en cierta ocasión Eugenio D’Ors en relación con una crítica artística en la que no quería comprometerse demasiado. Cuántas veces no habrán repetido una frase así los dirigentes políticos a sus asesores o viceversa. Con qué frecuencia no la habrá dicho un director de perió-

dico a su editorialista... La inestabilidad es propia de las épocas de crisis, y lo sorprendente sería que el lenguaje quedara al margen de la que se vive en la actualidad.

El obstáculo principal que impide hacer frente a la inestabilidad semántica es su sutileza, su carácter subterráneo. Su peligrosidad reside en que infiltra todos los aspectos de la convivencia social. Las crisis financieras o políticas son noticia; la crisis del vocabulario público, no. En muchos casos, ni tan siquiera es percibida: seguimos hablando en el vacío, mientras creemos entendernos, y las palabras nos hurtan la realidad en lugar de restituírle el sentido. El fondo común de información más elemental para toda sociedad se aloja en los significados de las palabras, sobre los cuales existe un consenso tan elemental que a menudo nos pasa desapercibido. En un mundo desnortado, donde “el pasado ha perdido su función [...], y los viejos mapas que guiaban a los seres humanos [...] ya no reproducen el paisaje en el que nos desplaza-

³ Eric Hobsbawn, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995, pág. 26.

mos”³, en palabras de Eric Hobsbawn, una de las mermas más graves la constituye el deterioro del mapa cognitivo primordial, aquel que precede al resto de la cartografía del conocimiento: el lenguaje.

El “statu quo” se pone en movimiento

Cuando Ana Botella renunció a ser clara, no estaba sembrando confusión entre el significado de conservador y progresista, sólo la estaba utilizando en su favor. De lo contrario, hubiera rebatido a Pedro Zerolo diciéndole: “Usted es contrario a los presupuestos neoliberales en materia económica”. Su objetivo era descalificar la postura del adversario, achacándole unas inclinaciones conservadoras de connotaciones negativas. Pero no quería precisar demasiado, por eso se limitó a decirle que “no va con los tiempos”. Sin más, por el momento. Quizá dentro de unos años alguien de un partido conservador, como el PP, descalifique sin rebozo a un oponente por “conservador”, cuadrando el círculo que consiste en utilizar con ánimo despectivo el calificativo definidor de un rasgo esencial propio. Cuando se desprecia la lógica, sólo queda el caos descrito por Alicia:

“Es como si me llenara la cabeza de ideas, sólo que no sabría decir cuáles son. Lo que está claro es que *alguien* ha matado *algo*”⁴. En efecto, algo se pierde cada vez que se hace una pirueta semántica, tal vez todo.

El debate entre Botella y Zerolo versaba sobre la gestión del Samur social, un servicio público local para atender situaciones de emergencia –abandono, derrumbamiento de edificios, incendios– en las que se ven envueltos grupos sociales de los que se suelen denominar “excluidos”, antes “marginados”. Aunque el servicio es público, lo están gestionando, en gran medida, empresas privadas. El concejal Zerolo criticaba esa gestión privada y reclamaba que fuera “íntegramente pública”. La concejal Botella lo consideró una falta de modernidad, un rasgo de conservadurismo que desechó añadiendo: “Eso es propio de los tiempos de Maricastaña”. Espetó esa inverosímil acusación después de recorrer un camino, no argumentado, en el que daba por supuestas muchas premisas.

Podríamos enumerarlas así: el comunismo y el socialismo –es decir, los sistemas de planificación económica estatal– han fracasado, ergo el capitalismo y la iniciativa privada han triunfado y, además, prometen un crecimiento económico ilimitado. De los acontecimientos históricos no sólo se infiere la inconveniencia de que la economía esté planificada por el Estado, sino también, según un grueso brochazo argumentativo, que incluso en los países capitalistas la intervención del Estado en la economía no es deseable. Sencillamente, concluye la sofistería, ha quedado desautorizada por la historia, es decir, anticuada.

Saltando de un sistema de gobierno a otro, generalizando donde conviene, e interpretando el éxito exclusivamente en términos de beneficio empresarial y crecimiento económico, se deduce interesadamente que incluso en el sistema capitalista la gestión pública de los servicios públicos no es deseable. Llegados a ese punto, basta recordar cuán caduco y derrotado ha quedado el socialismo para tachar de conservador o antiguo a quien aboga por la gestión pública de los servicios sociales. “Quod erat demonstrandum.” Ana Botella se sabía aupada al carro de la Historia: el *statu quo* se ha puesto en movimiento, y cuando esto ocurre, “estar de acuerdo con el *statu quo* es lo mismo que estar de acuerdo con la Historia”, como ha escrito Milan Kundera⁵.

Cuando el *statu quo* se erige en promo-

tor del cambio, puede simultáneamente reivindicarse conservador y progresista, propugnar ese engendro lógico de la “revolución conservadora” o acusar al adversario político de pertenecer a los tiempos de Maricastaña. Entonces se produce la quiebra, el deslizamiento semántico que vacía de contenido el concepto de “conservadurismo” y otras expresiones anejas.

También quedan hueros aquellos términos con los que establece una oposición o una comparación, pues todos los vocablos se relacionan mediante una trama que liga su destino y los involucra en el mismo proceso. Se vuelven brumosas las palabras “progresista”, “revolucionario”, “moderno” y todas aquellas que se refieren mutuamente, que se necesitan para definirse como las distintas piezas de un andamio que se apoyan unas en otras: el edificio del vocabulario político se tambalea. En su réplica, Zerolo podía haber optado por hacer aflorar las premisas subrepticias del discurso de Botella para rebatirlas, podía haber argumentado que la gestión pública o privada de los servicios sociales no es una opción cronológica, sino ideológica. En el peor de los casos, podía haberse aferrado a sus creencias a la manera borgiana: “Cambiará el universo, pero no yo”, pues aun aceptando que fueran antiguas, eso no las convierte en buenas ni malas, simplemente remite a su larga existencia en el tiempo.

Sin embargo, no lo hizo. Tomó la acusación de conservadurismo en el sentido en que ella no lo decía, en el sentido de las costumbres sociales o la moral. De ahí su aseveración: “Que me diga precisamente usted que no voy con los tiempos tiene guasa”, algo que pudo hacer sin parecer un loco gracias a la inestabilidad semántica. Con su respuesta quizá asestaba a su oponente un golpe retórico audaz, e incluso un titular con retranca. Sin embargo, eludía el asunto de fondo, porque trasladaba una discusión sobre los servicios sociales al plano de las costumbres afectivas de cada cual. Zerolo cayó, rodó, se precipitó a la sima abierta por el deslizamiento conceptual del conservadurismo; se hundió en las arenas movedizas, allí donde la expresión “no ir con los tiempos” sólo connotaba y permitía a su oponente política hacer de ella una acusación sin el menor esfuerzo argumentativo. Quedó atrapado en la red sin siquiera molestarse en soltar una perorata en la línea clásica de la socialdemocracia defendiendo el papel regulador del Estado.

¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué cayó de forma tan barata, sin librar combate, en el deslizamiento semántico, quizá creyendo incluso haber propinado un varapalo a su

opponente al erigirse él, sin necesidad tampoco de mayor argumentación, en arquetipo de la modernidad moral? De haber defendido su propuesta con claridad y precisión, el señor Zerolo se hubiera enfrentado a una contradicción insoportable: dentro de su propio partido abundan quienes creen que los servicios sociales deben entregarse a empresas privadas para su gestión. En toda Europa, son numerosos los líderes de la izquierda más o menos socialdemócrata que comparten las tesis económicas del neoliberalismo. Ante tal contradicción, tal vez lo más práctico sea resbalar suavemente por el tobogán semántico, dejarse mecer por la ambigüedad, no denunciar la confusión semántica, sino zambullirse en ella para pasar desapercibido, y alzar la valerosa mano reivindicativa de la modernidad sólo respecto a la obviedad de que los homosexuales deben tener los mismos derechos que los heterosexuales. Con razón aseguraba Sócrates que quien no va a cometer injusticia no tiene necesidad de la retórica⁶. Sin embargo, entre los dedos dejó escapar la gran pregunta: si la política es la gestión de lo público, en el más amplio sentido de la palabra, y los políticos se consagran a ponerlo en manos privadas, ¿no están practicando la autodestrucción? ¿No estamos votando a los enterradores de la política? ¿No estamos eligiendo democráticamente a los que reducirán la democracia a escombros?

La izquierda se vuelve conservadora

Para desentrañar el galimatías, lo primero es empezar por el principio: la definición desnuda de cada término. El cáustico periodista norteamericano Ambrose Bierce ofreció una muy afinada de “conservador”: “Hombre de Estado enamorado de los males existentes, a diferencia del liberal, que desea sustituirlos por otros”⁷. La renuencia al cambio es también el elemento central del significado, más ortodoxo, recogido en el Diccionario de la Academia. En su segunda definición nos adentra en el terreno político: “Dicho de una persona, de un partido, de un gobierno, etc.: especialmente *favorables a la continuidad* en las formas de vida colectiva y *adversas a los cambios bruscos* o radicales”.

La esencia del conservadurismo político no es otra que querer mantener las cosas como están. Se resiste a los cambios súbitos, y muy especialmente a aquellos establecidos en programas o teorías políticas para aplicar a la sociedad. Por si no quedara suficiente-

⁴ Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*, Alianza, Madrid, 1970, pág. 63.

⁵ Milan Kundera, *El telón*, Tusquets, Barcelona, 2005, pág. 72.

⁶ Platón, *Gorgias*, 481b.

⁷ Ambrose Bierce, *El diccionario del diablo*, edición de Ernest Jerome Hopkins, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2005.

mente claro, los académicos han introducido una modificación para la 23ª edición del diccionario, que añade como rasgo del adjetivo conservador: “Que sigue las ideas del pasado”. Dicho en palabras de Ana Botella, que “no va con los tiempos”, que pertenece a “los tiempos de Maricastaña”. Este concepto de conservadurismo es similar en las distintas lenguas europeas. La *Enciclopedia Británica* lo define como una “filosofía política que enfatiza el valor de las instituciones y prácticas tradicionales”.

A la idea de conservadurismo político se han opuesto diversas corrientes ideológicas según los momentos históricos: cuando Europa se hallaba bajo el influjo de la Revolución francesa, lo contrario de un conservador era un revolucionario; a lo largo del siglo XIX, la oposición se establece entre conservadores y liberales; por último, cuando entran en escena partidos políticos de raigambre obrera, “conservador” se enfrenta también a “socialista” o “comunista”. En todos los casos, equivale a lo contrario de “progresista”, lo que favorece que el concepto de “conservador” haya permanecido nítidamente definido a lo largo de la historia. Y no porque lo que se pretendiera conservar en cada momento fuera invariable —no se puede decir que “conservador” haya significado lo mismo en los últimos dos siglos—, sino porque la resistencia al cambio es una constante inalterada.

El espíritu conservador es defensivo

El significado de las palabras no se compone sólo de lo que figura en el diccionario: un aspecto igual o más importante del sentido se lo da el uso. Su carácter es oscilante, a veces simplemente oral o pasajero, difícilmente aprensible para los lexicógrafos, volátil, huidizo cuando requiere ser explicado, pero conocido y manejado con destreza en cada época por la intuición de los hablantes.

Aunque el término lo introducen a partir de 1815 los partidarios de la monarquía recién restaurada en Francia, ya Edmund Burke, ideólogo conservador por excelencia, había dibujado las líneas maestras del concepto en sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, publicadas en 1790, cuando ésta acaba de tener lugar. Burke no emplea el término, pero deja sentadas las bases de su definición frente a las veleidades revolucionarias. En ese momento el significado del conservadurismo contiene como elemento clave la oposición a la revolución. La visión conservadora de Burke se apoya en la defensa de las libertades tradicionales, lo que lo aleja de reaccionarios como Maistre, que abogan por la autoridad de las élites

tradicionales y la reinstauración del Antiguo Régimen. En general, el reaccionarismo consiste no ya en conservar instituciones o prácticas tradicionales, sino en romper con lo existente y retroceder hasta un punto anterior en la historia.

Desde su aparición, no parece haber dudas de que lo conservador implica una resistencia al cambio y una preferencia por pequeñas modificaciones paulatinas, legitimadas por la costumbre. El carácter conservador recela de la capacidad de mejora de la naturaleza humana mediante ideales o teorías sociales y confía, por el contrario, en la continuidad histórica y en los métodos e instituciones tradicionales. A medida que se van asentando los Estados liberales en algunos países de Europa, la pugna política se establece entre los partidos conservadores y los liberales. Aunque los primeros siguen en muchos casos mostrando cierta tendencia reaccionaria a reinstaurar el Antiguo Régimen, poco a poco dejan de definirse por oposición a la revolución y pasan a hacerlo por su resistencia al reconocimiento de derechos concretos, como el sufragio masculino.

Con el tiempo, una gran parte de su base social, de origen campesino, va perdiendo peso con la industrialización y la aparición del proletariado. El conservadurismo al viejo estilo languidece e incluso defensores de las élites pudientes, terratenientes y militares, como Bismarck, tratan de atraerse al proletariado industrial introduciendo medidas que constituyen el embrión del Estado del bienestar, como las pensiones o las prestaciones por desempleo. Están emergiendo los partidos de corte socialista e internacionalista y los conservadores fundamentan su identidad también en el apego a los mitos nacionales.

En dos siglos de historia del concepto político de conservadurismo, la palabra evoluciona según las circunstancias políticas. Sin embargo, permanece la resistencia al cambio, de la cual se deriva su actitud definitoria: el conservadurismo es una ideología defensiva, que se resiste pero acaba aceptando o tolerando cambios planteados por sus oponentes, revolucionarios primero, liberales después, socialistas por último; pero no toma la iniciativa, pues no es necesario hacerlo para dejar las cosas como están. El conservador va siempre a rebufo del transformador o, dicho en jerga periodística, no establece la agenda política.

En el ánimo del conservador se conjuga el talante defensivo, la escasa o nula iniciativa política y la renuencia al cambio para formular una posición coherente y que otorga consistencia al objetivo último de esta filosofía política: la permanencia del *statu quo*.

Resulta difícil precisar cuándo empezó a fraguarse la confusión en torno al significado de “conservador”, y la inestabilidad de los vocablos políticos relacionados con él. Sin embargo, ese dato carece de interés. Aunque removiéramos hemerotecas y bibliotecas, diccionarios, revistas y periódicos, para dar con el primer uso inestable de la palabra “conservador” o cualquiera de las de su campo semántico, siempre habría algún discurso, alguna crónica en la que algún predecesor se habría inclinado ya por el sentido equívoco.

Los significados de las palabras no cambian bruscamente, no llevan impresa la caducidad. De ahí que lo decisivo no sea fechar el cambio, sino constatar que el uso ambiguo de un nuevo significado se ha hecho dominante. En palabras del filólogo alemán Victor Klemperer: “Una palabra, un determinado matiz o un determinado valor de una palabra sólo cobran vida dentro de una lengua, sólo se vuelven realmente existentes cuando se introducen en el uso lingüístico de un grupo o de la comunidad y se mantienen allí durante un tiempo”⁸. Klemperer se refiere a la comunidad formada por los hablantes de alemán durante el nazismo, cuyo vocabulario fue literalmente tomado por la propaganda dirigida desde el ministerio de Goebbels. Lo peculiar de la inestabilidad semántica actual es que no sucede en una comunidad nacional, ni lingüística, en el sentido de que todos sus miembros hablen la misma lengua, sino que afecta a una comunidad de valores, a Occidente —específicamente, Europa y Estados Unidos—, porque comparten una visión política, cultural y socioeconómica en crisis, que constituye el alimento principal de la confusión semántica. El léxico de distintas lenguas está evolucionando en una dirección muy similar, empujado por factores extralingüísticos.

Los medios de comunicación son el mejor espejo donde se reflejan los cambios semánticos de una comunidad. La confusión existe en otros ámbitos, el Parlamento, los partidos políticos, los foros académicos, los *think tanks*, pero todos ellos acaban convergiendo en la prensa, lugar preeminente para detectar la inestabilidad léxica. Mientras permanecen intramuros de un partido o una fundación, los usos inestables no forman parte de la comunidad lingüística, sino de la jerga especializada. Lo hacen cuando sobrepasan esas barreras, aunque sea por boca de esos mismos eruditos, filósofos, políticos, periodistas, analistas o escritores. Si algo pone de manifiesto la confusión imperante es

⁸ LTI, *La lengua del III Reich*, pág. 76

la profusión de discusiones periodísticas acerca de qué son los nuevos conservadores, o qué significa serlo, pues nadie está interesado en definir un significado que todo el mundo entienda. Un debate que se solapa con el de otros conceptos básicos de la historia política, los de modernidad y progreso. “La lista de los nuevos conservadores modernizadores es larga –aseguraba el periodista Andreas Zielcke en el *Suddeutsche Zeitung*–, y la de sus realizaciones no lo es menos. Desestabilizar las instituciones, eliminar las políticas obsoletas supervivientes, conquistar el futuro liberándose de las cadenas del pasado: ésta es la consigna de los conservadores”. Ellos “dirigen hoy la dinámica de la evolución social”⁹.

Dinamismo, cambio, progreso

En una reivindicación de la idea de progreso que, de manera significativa, se ve obligado a definir, el filósofo Fernando Savater asegura que “son progresistas quienes combaten los mecanismos esclavizadores de la miseria, la ignorancia y la supresión autoritaria de procedimientos democráticos [...]. Ser progresista es no resignarse ni conformarse con las desigualdades de libertad que hoy existen, sino tratar de superarlas y abolirlas. Y es reaccionario cuanto perpetúa o reinventa privilegios sociales, descarta los procedimientos democráticos en nombre de mayor justicia o mayor libertad de comercio, propala mitologías colectivas...”¹⁰.

Las fronteras se desdibujan cuando “los nuevos conservadores configuran un perfil que se renueva con aditamentos de origen progresista. Por eso vemos cómo los *tories* británicos reivindican un ecologismo que habrá hecho brincar a la baronesa Thatcher”, en palabras de Valentí Puig¹¹. En realidad, el ecologismo hoy no es laborista ni conservador, no es de izquierdas ni de derechas: una parte de quienes lo defienden cuestionan frontalmente el modelo de desarrollo capitalista, pero otra busca caminos de conciliación. Lady Thatcher se disgustaría, es cierto, porque es la única idea nacida en el seno de la izquierda que se ha abierto camino en varias décadas, lo cual contradice la tesis generalmente aceptada de que la izquierda no tiene nada nuevo que ofrecer en el terreno de las ideas. El ecologismo hunde sus raíces en el ideal de respeto a la naturaleza que propugnaban los anarquistas de hace más de

un siglo. Y si la adoptan los conservadores británicos o el presidente francés Nicolas Sarkozy de manera singularmente entusiasmada, es porque lo mejor que se puede hacer con una idea triunfante de tu adversario es apropiártela, lo que de paso permite controlar los efectos adversos que su onda expansiva pueda tener sobre el libre mercado.

Los conservadores de hoy no sólo se visitan con aditamentos progresistas; rehúyen la vieja renuencia al cambio y la actitud defensiva que los caracterizaba, y reivindican el concepto para sí. “Invertir en infraestructuras es la mejor forma de invertir en progreso”, asegura Daniel Sirera, presidente del PP en Cataluña¹², mientras su correligionaria de Castilla-La Mancha, María Dolores de Cospedal, afirma: “Como el PP es gente más moderna y más progresista tenemos más aceptación en internet”¹³. “Progreso” era la palabra adorada por la modernidad, porque nos remitía a su aspiración de un futuro de bienestar para toda la humanidad, a la erradicación de la ignorancia que tanto ansiaban los ilustrados, y a la extensión de la democracia que perseguían los revolucionarios franceses. Usurpada por el *statu quo* puesto en movimiento para investirse con su prestigio y sus promesas, es fácil detectar que se refieren a cosas distintas quienes vinculan el concepto al desarrollo de las infraestructuras o el avance tecnológico. En esos discursos, “progreso” equivale a “adelantos” y, en última instancia, celebra el paseo triunfal del capital en busca de beneficios sin límite, cuya distribución se posterga *ad aeternum*.

El objetivo de Google, modelo de corporación dinámica y triunfante de la globalización, no es “hacer dinero, sino cambiar el mundo”¹⁴. Entretanto, el Foro de Reputación Corporativa, que agrupa a once grandes empresas españolas, contribuye a difundir los Objetivos de Desarrollo del Milenio de la ONU con un anuncio a toda página en el que una niña sonriente muestra una hoja de un cuaderno infantil. En ella se pueden leer esos objetivos, sin duda progresistas: “Erradicar la pobreza extrema y el hambre. Lograr la enseñanza primaria universal. Promover la igualdad de géneros y la autonomía de la mujer. Reducir la mortalidad de los niños menores de cinco años [...]. Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente. Fomentar una alianza mundial para el desarrollo”¹⁵. El anuncio lo pagan el Grupo Agbar,

BBVA, Repsol YPF, Telefónica, Abertis, Ferrovial, Gas Natural, Iberdrola, Iberia, RENFE y Novartis. La crema de las multinacionales españolas se suma al discurso progresista de la nueva derecha.

Así las cosas, apenas puede sorprender que el lema del Foro de Davos, donde cada año se reúne la cúspide del poder económico mundial, sea “Comprometidos con la mejora del estado del mundo”, ni que desde el vigoroso optimismo de quienes acuden a esa reunión no se entienda por qué las positivas cifras macroeconómicas y la buena salud de la economía mundial se traducen en un aumento generalizado de la desconfianza: si en 2006 el 30% de la gente pensaba que sus hijos heredarían un mundo peor que el suyo, en 2007 esa proporción ascendía al 48%, según sus propias encuestas. El fundador del Foro, Klaus Schwab, lo despacha como “una de las esquizofrenias del mundo”¹⁶, sin detenerse a pensar por qué no mejora la situación de los encuestados aunque aumenten los beneficios y luzcan vistosas las grandes cifras.

La confusión se extiende desde las montañas suizas hasta la sede neoyorquina de la ONU, pasando por el ecologismo británico, el empresariado español y, cómo no, la política francesa, donde la arrolladora victoria de Nicolas Sarkozy en las elecciones presidenciales de 2007 renovó los ánimos de la derecha europea y redundó en el discurso de la confusión. Según *Le Monde*, Sarkozy obtuvo el apoyo de los votantes conservadores gracias a “su promesa de movimiento, de cambio”, lo que para un periódico conservador como *Le Figaro*, sólo tiene una interpretación: “La victoria del seis de mayo es una victoria del progreso”, decía, mientras *L'Indépendant du Midi* recordaba los deseos del presidente electo: “Romper con las ideas, costumbres y comportamientos del pasado”¹⁷. ¿Acaso es eso propio de un conservador o de un neoconservador? El Partido Socialista francés tilda a Sarkozy de “neoconservador americano con pasaporte francés”, mientras que autores como Valentí Puig opinan lo contrario: “Sarkozy no es un *neoon* [...]. Cree en la ley y el orden, en el esfuerzo y el trabajo, en la nación, como creían los conservadores en sus buenos tiempos”¹⁸.

Sarkozy, por su parte, se ha definido co-

⁹ Andreas Zielcke, “Le triomphe des neoconservateurs”, *Suddeutsche Zeitung*, citado por *Courrier International*, n.º 867, 14 de junio de 2007.

¹⁰ Fernando Savater, “Regreso al progreso”, *El País*, 4 de agosto de 2007, pág. 11.

¹¹ Valentí Puig, *ABC*, 14 de junio de 2007.

¹² Entrevista en *ABC*, 26 de agosto de 2007.

¹³ Entrevista en *Periodista Digital*, 25 de mayo de 2007. www.periodistadigital.com/periodismo/object.php?o=65269.

¹⁴ *The Economist*, 1 de septiembre de 2007.

¹⁵ Anuncio insertado en la página 24 del suplemento Babelia (*El País*), 2 de junio de 2007.

¹⁶ “Davos ante un mundo incierto”, *ABC*, 24 de enero de 2007, pág. 42.

¹⁷ Las tres referencias a los medios franceses corresponden a sus respectivas ediciones del 7 de mayo de 2007.

¹⁸ La referencia al PS francés, en *Libération*, 9 de enero de 2007. La de Puig, en *ABC*, 17 de mayo de 2007.



mo de derechas, pero no conservador, a pesar de lo cual ha logrado atraerse a grandes figuras de la izquierda francesa: desde Bernard Kouchner hasta Jack Lang, pasando por Hubert Védrine. Precisamente, Védrine, ex ministro socialista de Asuntos Exteriores, es ahora asesor de Sarkozy, que le encargó un informe sobre Francia y la globalización. En el transcurso de la presentación de su juicioso libro, *Continuer l'Histoire*, Védrine instaba a los franceses a abandonar sus recelos hacia la globalización, y les instaba a pasar “de una desconfianza estéril a un dinamismo ofensivo”¹⁹. Nadie en la nueva derecha encarna la idea de cambio mejor que Sarkozy. Su genio político supo explotarla para presentarse a las elecciones presidenciales como abanderado del cambio, a pesar de pertenecer al partido gobernante. Y ganarlas.

Cambio, dinamismo, avance, son palabras que han fagocitado la idea ilustrada de progreso para dar cuerpo al nuevo capitalismo global, que ha logrado su hegemonía

gracias a los grandes cambios de nuestra era: las nuevas tecnologías, el ataque a las rígidas burocracias y las nuevas economías transnacionales²⁰. Es tan optimista y vigoroso como lo fue el ideal ilustrado de progreso, aunque existen diferencias sustanciales. El dinamismo representa el cambio por el cambio y, al contrario que el progreso, carece de una verdad última; su objetivo inmediato es la prosperidad económica, a la que se confía la tarea de propiciar algún día justicia e igualdad de manera espontánea. Su voluntad constante, ansiosa, es dar respuesta a la demanda cambiante, ya sea de los consumidores, cuando se trata de empresas; o de los votantes, si hablamos de política.

El cambio así concebido está empapado del desapego posmoderno, pues el imperativo de la adaptación obliga a una permanente ruptura con el pasado. Las ataduras a ideas u objetivos vitales no deben ser sólidas ni consistentes, sino líquidas en la línea de Bauman. El dinamismo no propugna ideales, no tiene métodos constantes ni anclajes robus-

tos, se desentiende del futuro y desecha el pesado fardo de la memoria, como sintetiza la inquietante confesión de Sarkozy: soy un extranjero de mi pasado. El espíritu de la derecha que ha entronizado el nuevo capitalismo es netamente posmoderno, según la descripción de la élite del poder económico mundial de Sennett: “La capacidad de desprenderse del pasado, la seguridad necesaria para aceptar la fragmentación: éstos son dos rasgos de carácter que se manifiestan en Davos entre las personas que de verdad se sienten cómodas en el nuevo capitalismo”²¹.

El marchamo del cambio es económico; el del progreso es político y cultural. Vinculado a la ciencia, el positivismo, la revolución liberal, el progreso sí disponía de una verdad última: despojar al ser humano de las cadenas de la pobreza, la ignorancia y la superstición, y convertirlo en dueño de sí mismo. No se desprende del pasado, sino que lo convierte en referencia de las mejoras necesarias, mientras que en el futuro deposita la promesa alcanzable mediante el esfuerzo. El camino de la humanidad se concibe como una marcha en la que hacia delante significa hacia lo mejor, en la que reformar o cambiar siempre implica progresar, extender los derechos, el conocimiento y la riqueza mediante un proceso trascendente. Ese espíritu late en las palabras de John Stuart Mill: “La mayor parte de los grandes males de la humanidad pueden eliminarse [...]. Las causas del sufrimiento humano son en gran medida conquistables mediante el cuidado y el esfuerzo; y aunque su eliminación será lenta, aunque una larga sucesión de generaciones habrá de perecer en la brecha antes de que se complete esa conquista, se puede hacer fácilmente”²². El cambio preconizado por la nueva derecha no se postula para reducir las grandes causas de sufrimiento de la humanidad, sino en nombre de la marcha arrolladora de una economía global desregulada, de una plutocracia amoral, que se encoge de hombros cuando es interpelada por los perdedores de las cunetas.

El conservador sobrevenido

Una de las grandes paradojas actuales es que la palabra “conservador” se ha convertido en una acusación empleada contra personas de izquierda para recriminarles su defensa de lo que en otra época se denominó “intereses de clase”, interpretada como renuencia a seguir la tendencia dominante. De conservadores se tildó a los

¹⁹ Hubert Védrine (con la colaboración de Adrien Abécassis y Mohamed Bouabdallah), *Continuer l'Histoire*, Fayard, París, 2007, y *El País*, 6 de septiembre de 2007, pág. 4.

²⁰ Richard Sennett, *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona, 2000, pág. 63.

²¹ *Ibid.*, pág. 65.

²² John Stuart Mill, *Utilitarianism*, en *On Liberty and Other Essays*, Oxford University Press, Oxford, 1991, pág. 146.

manifestantes franceses que protestaban contra el contrato del primer empleo propuesto por el primer ministro francés, Dominique de Villepin, en 2006, cuando lo cierto es que se negaban a aceptar reformas legales a todas luces perjudiciales para ellos, pues facilitaban el pago de un sueldo menor del salario mínimo a quienes carecieran de experiencia laboral.

Su rechazo era una simple cuestión de defensa de los propios intereses, más que de conservadurismo; pero presentándolo como una inadaptación al progreso, los conservadores se rebelan hoy contra sus acusadores de antaño censurándoles por aquello de lo que ellos fueron acusados tantas veces. La contradicción reside en que los nuevos conservadores acusan a quienes se consideran progresistas de ser conservadores, es decir, que utilizan un rasgo propio como arma arrojadiza contra sus adversarios políticos. Parece un caos, y lo es: sucede cuando el *statu quo* se pone en movimiento.

Debería ser lógico tildar de conservador a alguien que lucha por conservar algo; sin embargo, sólo lo sería si se empleara en el sentido más denotativo, y se prescindiera de las connotaciones negativas del calificativo, lo que no suele ocurrir. Y en el fondo, el conservadurismo por sí solo no basta para identificar con claridad la mentalidad de una amplia clase media que alcanzó un extraordinario nivel de vida después de la Segunda Guerra Mundial, y hoy, cuando siente su futuro amenazado por las reformas neoliberales, la globalización, la deslocalización empresarial, las migraciones masivas, y el vaciado práctico de la legislación protectora de los trabajadores, se resiste a perder sus derechos o a ver declinar su nivel de vida.

Los huelguistas contrarios al contrato de Villepin eran en su mayoría jóvenes descendientes de esa clase media acomodada, gente de orden que, pese a no haber pertenecido a las altas instancias del *statu quo*, se ha beneficiado de los equilibrios y repartos de poder que otorgaron a los obreros capacidad de influir en la política y en la historia mediante las organizaciones sindicales, los partidos políticos y el llamado “diálogo social” a lo largo del siglo xx y sobre todo a partir de 1945. Una generación temerosa de que su nivel de vida sea inferior al de sus padres observa con desasosiego las crecientes desigualdades. Según la revista *The Economist*, desde 2001 el salario del típico trabajador medio en Estados Unidos está estancado. Sin embargo, en los últimos veinte años los

ingresos de los directivos han pasado de multiplicar por 40 el salario medio a hacerlo por 110. En España el sueldo medio ha bajado un 4% en los últimos diez años, según datos de la OCDE²³.

Resulta difícil creer que aquellos huelguistas se vieran a sí mismos como conservadores, pues las reminiscencias del ideal moderno les indican que el conservadurismo implica resistencia al progreso, no al dinamismo. Pero como de hecho rechazan cualquier cambio que perjudique sus intereses, como han hecho históricamente los conservadores, se podría decir que el suyo es un “conservadurismo sobrenatural”. No han elegido ser conservadores, sino que han pasado a serlo cuando el *statu quo* se ha puesto en marcha y los ha dejado con sus creencias estáticas, de ahí que su actitud política sea defensiva: su aspiración es conservar lo que los conservadores quieren destruir, es decir, el Estado de bienestar, la legislación laboral, la educación y la sanidad públicas, con sus virtudes y sus defectos. Parafraseando a Bierce, podríamos decir que el conservador sobrenatural está enamorado de los males públicos, a diferencia del *neoon*, que quiere sustituirlos por los privados.

Los sobrenaturales se diferencian de los que podríamos llamar “conservadores añejos” en que para estos últimos el conservadurismo sí ha resultado una elección ideológica vital y totalizante: concierne a cuestiones socioeconómicas, y aunque sean defensores de la iniciativa privada, a estas alturas muchos no negarían la necesidad de la intervención del Estado, como hace una parte del PP español. El conservadurismo añejo se caracteriza asimismo por la defensa de la moral tradicional en cuestiones sexuales y afectivas que los conservadores sobrenaturales juzgan pertenecientes a la esfera individual y nunca sujetas a la aprobación comunitaria. Aunque estos grupos no son homogéneos, y existe un tipo de conservador añejo extremadamente religioso e intolerante en cuestiones sexuales como el matrimonio gay, sobre todo en países como España e Italia, en general se puede decir que se adhieren a la separación de la Iglesia y el Estado.

El conservador añejo es moderno; el sobrenatural es fragmentado, posmoderno, y entra en escena como el rastro que deja tras de sí el neoconservadurismo. El conservador añejo no es ofensivo, el

neoconservador, sí: tiene su agenda repleta de iniciativas políticas de corte reaccionario, pero también está aquejado de la fragmentación posmoderna: defiende y practica la intromisión de la religión en la política, se muestra reacio al imperio de la ley y aboga por reducir el Estado a una montaña de escombros que se encargue de poco más que gestionar la externalización de los servicios de seguridad. Previamente se habrá desembarazado del resto de sus funciones mediante el curioso procedimiento sugerido por Grover Norquist, asesor económico de Bush cuyas ideas quedaron plasmadas en su programa electoral de 2004: “No quiero acabar con el Estado, sólo quiero hacerlo tan pequeño que pueda ahogarlo en la bañera”²⁴.

El posmodernismo neoconservador es, en rigor, premoderno cuando propugna, con las teorías del llamado diseño inteligente, el regreso a aquella época de la humanidad en que Darwin aún no había nacido o se opone a la investigación científica con células madre embrionarias. También lo es cuando prima a la comunidad sobre el individuo a la hora de la elección moral, tal como apuntan las reflexiones de Leo Strauss, que sirvió la munición intelectual al neoconservadurismo: “Hay un camino que es particularmente importante, y éste es el camino del grupo al que uno pertenece —nuestro camino—. Eso sí, nuestro camino es, por supuesto, el correcto. ¿Y por qué es el correcto? Respuesta: porque es antiguo, y porque es el propio o, por usar la hermosa expresión de Edmund Burke, porque ‘está engendrado en casa y obliga’”²⁵. La religión como fundamento de una moral conservadora para la comunidad impregna las reflexiones de Strauss, pues la considera fundamental para construir la sociedad virtuosa. Remeda así la vieja desconfianza anti-ilustrada en la existencia de una moral no religiosa y supedita el desarrollo individual a la virtud colectiva. De los riesgos que eso entraña para la sociedad liberal ya nos alertó Bertrand Russell: “Si el objetivo es la comunidad virtuosa y no el individuo virtuoso, es posible que en la comunidad virtuosa exista subordinación”²⁶.

El temor a esa sociedad virtuosa pero fácilmente opresiva para el individuo es

²⁴ Entrevista en *El Mundo*, 12 de septiembre de 2004.

²⁵ Leo Strauss, *¿Progreso o retorno?*, Paidós, Barcelona, 2004, pág. 189.

²⁶ Bertrand Russell, *The History of Western Philosophy*, Simon & Schuster, Nueva York, 1972, pág. 177.

²³ *The Economist*, 18 de enero de 2007, y *El País*, 27 de junio de 2007.

conjurado por Sarkozy con una pirueta definitiva, laicismo obliga, que vincula religión y libertad: “Estoy convencido de que el espíritu religioso y la práctica religiosa pueden contribuir a apaciguar y regular una sociedad de libertad”. Los enemigos ancestrales de la libertad, el comunitarismo moral y la fe religiosa, se presentan como complemento de la libertad en el discurso de la nueva derecha y siembran de nuevo desconcierto. Afortunadamente, Farid Abdelkrim, líder de los jóvenes musulmanes franceses, vino a aclarar los términos al comparar la religión con un aparato de limpieza a presión que Sarkozy había mencionado metafóricamente como instrumento para limpiar la sociedad: “El islam es un Kärcher que puede contribuir a limpiar los comportamientos más desviados que existen. Gracias al islam, yo he dejado de fumar, he dejado de beber, he dejado de robar, respeto a mis padres, y he querido continuar los estudios”²⁷. Sus palabras permiten ver con claridad que la principal función de la religión, cuando sobrepasa los límites de la espiritualidad íntima, es controlar al individuo.

Pero no es la única: en el proyecto de la nueva derecha, la comunidad fundada en creencias religiosas será también la que proporcione a los individuos el confort y la ayuda caritativa que los consuele en los malos momentos, porque cuando llegue el desempleo o la enfermedad, la protección social del Estado ya no estará ahí, habrá perecido en la bañera. Las creencias neoconservadoras nos devuelven a la Edad Media, y sin embargo parece tan lejana a estas alturas que resulta mucho más fácil lanzar el calificativo de “conservador” con ánimo despectivo a uno de los sobrevenidos que calificar de “reaccionario” a un neoconservador. De hecho, ellos se han atrevido con frecuencia a criticar el conservadurismo ajeno, y no sólo en el estricto ámbito de las reformas económicas. Alberto Gonzales, fiscal general y ministro de Justicia con George W. Bush, recomendó calificar de “obsoletos” algunos aspectos de la Convención de Ginebra, lo que permitió autorizar técnicas de interrogatorio que violan esta convención, o sea, torturas. Me interesa subrayar que fue también la Ilustración la que acabó con la prescripción medieval de la tortura, como método de verificación en los procesos judiciales y como castigo.

Acusar de conservadurismo a sus críticos también le ha servido para su autodefensa

a John Negroponte, uno de los responsables de la guerra sucia estadounidense en Centroamérica en los años ochenta que, desde su cargo de embajador en Honduras, contribuyó a alentar la contra nicaragüense para derrocar al Gobierno revolucionario sandinista. Bush lo nombró para distintos cargos, entre ellos jefe del Servicio de Inteligencia Nacional, embajador en la ONU y en Irak, nombramientos muy criticados por quienes desconfiaban del historial siniestro de Negroponte. Él, azote de los movimientos guerrilleros centroamericanos, luchador infatigable contra cualquier semilla ideológica revolucionaria, se defendió censurando el conservadurismo de quienes le atacaban. Les reprochó estar “pasados de moda” y añadió: “Quisiera decirles a esa gente: ¿es que no han avanzado nada?”²⁸.

Para personas como Negroponte o Gonzales, “avanzar” no significa “progresar”, no equivale a subir otro peldaño hacia la erradicación de los males de la humanidad, como quería Mill, sino tolerar la tortura u olvidar el pasado antidemocrático de los cargos públicos. Han introducido un cambio en el concepto, y para redefinirlo mantienen el desdén hacia lo conservador; han transformado la idea, pero han dejado intactas las connotaciones negativas de la palabra: para ellos los que “no han avanzado nada” son meros inadaptados entre cuyas ensoñaciones figura la muy ridícula de aferrarse a la legislación vigente.

La izquierda renuncia a la ofensiva

Tampoco Sarkozy se privó de criticar el conservadurismo de su oponente socialista, Ségolène Royal, durante la campaña presidencial, porque proponía “prolongar y extender hasta el infinito las promesas de asistencia en el marco de una sociedad *inmóvil* [...]”. Es el *viejo* proyecto socialista²⁹. El inmovilismo y lo viejo aparecen de nuevo vinculados al Estado del bienestar, es decir, a los valores tradicionales de la izquierda socialdemócrata.

Lo peor es que no sólo la derecha explota las connotaciones despectivas del término “conservador” contra la gente que se dice de izquierdas cuando no se suma a los cambios económicos en marcha; o, en palabras de Albert Camus, cuando no pone su sillón en el sentido de la historia. Lo hacen también muchos izquierdistas. El gran teórico de la Tercera Vía, Anthony Giddens, definía esa

renovación llevada a cabo por el Nuevo Laborismo británico como “un intento constante de llevar a la izquierda hacia el centro adaptándola a los cambios que vive el mundo”.

Giddens censuraba, asimismo, a quienes en el Partido Laborista, puestos a convertirse en conservadores virando al centro como él les proponía, preferían hacerlo desde sus posturas clásicas, sin intentar siquiera esa adaptación. “Se puede ser conservador y de izquierdas”, aseguraba Giddens, “si se rechazan los cambios y se opta por mantener las antiguas creencias”³⁰. Su afirmación explica la crisis de identidad de la izquierda, acostumbrada a liderar los cambios, a ser ofensiva, hasta que fue conducida a la actitud defensiva por quienes le ofrecían como materia prima con que amasar su acción política algo que le ha sido ajeno históricamente: aceptar resignadamente los cambios propuestos por otros, desprenderse de la iniciativa. Giddens propugnaba en el fondo una izquierda conservadora.

El legado de la Tercera Vía, de la renovación que supuestamente inició la izquierda a raíz de la desaparición de los países comunistas, es una izquierda desvirtuada en un doble sentido. Los que permanecieron fieles a sus tradicionales ideas de defensa de la clase obrera se convirtieron en conservadores porque se oponían a las reformas económicas neoliberales. Perdieron, como los mineros británicos frente a Margaret Thatcher. Junto a ellos hubo quienes, al verle las orejas al lobo neoliberal, emprendieron una marcha hacia el centro para tratar de no ser atropellados por los cambios: el viejo ideario progresista, socialdemócrata o laborista hubo de pasar por el tamiz del espíritu defensivo; pero no resultó laminado, como el poder sindical minero, sino que gobernó durante al menos una década con Tony Blair.

Lo dramático es que el planteamiento de Giddens aboca a la izquierda, ya se esfuerce por “adaptarse a los cambios que vive el mundo”, como él preconiza, ya permanezca enraizada en sus postulados clásicos, a desprenderse de su espíritu ofensivo, y la condena a ser conservadora. El magma ubicado a la izquierda del centro político queda así despojado de un rasgo fundamental de su identidad, que ha migrado al otro lado del espectro ideológico. ■

[Capítulos 2 y 3 de *El saqueo de la imaginación*, Debate, 2008.]

Irene Lozano es periodista y licenciada en Lingüística Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. Premio Espasa de Ensayo 2005 por su libro *Lenguas en guerra*.

²⁷ Estas palabras junto con las de Sarkozy, en el informe del PS francés, *Libération*, 9 de enero de 2007.

²⁸ Citado por Paul Laverty en “Pasado de moda”, *El País*, 17 de mayo de 2005, pág. 14.

²⁹ Entrevista a Nicolas Sarkozy en *ABC*, 20 de abril de 2007.

³⁰ Entrevista en *El País Semanal*, 15 de octubre de 2006.